

diente al ritual mundano, estará en Deauville. Vamos, intrépido Hiénard, hay que frecuentar por ahora la buena sociedad. Prepara tu equipaje, imbécil, puesto que á ello te obligan tus amigos.

Y entó en su cuarto y empezó á abrir y á cerrar gavetas con una violencia, que bien claramente demostraba cuánto le aburría la perspectiva de aquel viaje.

IV

El hotel de la duquesa de Diernstein es uno de los más ricos y más hermosos de Deauville. Su azotea llena de jazmines y de rosas es, á las cinco de la tarde, el punto de cita de los elegantes y de las heteras que acostumbran ir á distraer tres semanas á orillas del mar, antes de retirarse á su posesiones veraniegas para la estación de la caza. La bizarra esplendidez de la dueña hace del hotel una especie de terreno neutral en que se encuentran y confunden en agradable baturrillo, la aristocracia y el comercio; y allí se ven á las damas de más alto copete alternando con las mujeres recién enriquecidas y menos linajudas, y disfrutando de los mismos placeres y de idéntica deliciosa libertad. La variedad de coches para paseo, el atractivo de los bailes y de las comidas, y la posibilidad de entregarse sin trabas ni reservas al coqueteo, son placeres que aminoran y dulcifican la repugnancia que inspiran ciertos concurrentes desagradables; y algunos maridos intratables son recibidos gracias á sus mujeres, y algunas

mujeres demasiado desenvueltas, sólo son recibidas merced á sus maridos.

Durante el mes de agosto todas aquellas personas viven reunidas, en agradable compañía, y cuando al día siguiente de despedirse se encuentran en la estación para tomar el tren, se miran con perfecta indiferencia, cual si no se conociesen. Esta falsedad de los caracteres y de las conciencias caracteriza lo que ha convenido en llamarse, costumbres de las estaciones balnearias. Pero á decir verdad, eso indica únicamente la degradación moral de una sociedad corrompida y cobarde, en que la bajeza, provocada por la necesidad y el deseo de gozar, ha reemplazado al valor y al orgullo inherentes á las buenas costumbres.

Las apariencias de ese mundo también constituyen una ficción óptica. El sentimiento del propio decoro, último vestigio de la educación, preserva todavía á los hombres y á las mujeres contra los peligros de la despreocupación : pero hay que cuidar de no aproximarles demasiado, so pena de oírles discurrir, porque entonces la vulgaridad de las ideas, acentuada ó reforzada por la trivialidad del lenguaje, recuerda esos sitios en que la jerga de las mujerzuelas del pueblo, de las tabernas y de los cafés cantantes, es moneda corriente, y en que los feroces ensañamientos de la maledicencia corren parejas con la crudeza brutal del vocabulario. Allí se respira el veneno del

vicio, y se recogen las inmundicias del lenguaje ; es la corrupción completa, que corre á torrentes. Los gestos, sin embargo, son decentes y los semblantes nobles, y el aspecto general de estos mundos todavía conserva un ligero barniz de distinción. Pero ese grupo sólo lo forman los fantásticos vestigios de una aristocracia derribada por el asalto brusco y triunfal del mundo de los intereses que ha instituído, sobre las ruinas de una sociedad agonizante y destruída, el reino innoble del dinero.

Aquel día, á eso de las seis de la tarde, cuando una larga hilera de coches se agolpaba en la calle de París, conduciendo al hotel cuantos parisinos desterrados había en Deauville, Juan Hiénard, con su maleta en la mano, descendió de un modesto vehículo que había tomado en la estación, y entró en la portería. El portero que estaba muy ocupado recibiendo los coches que entraban continuamente en el patio, acogió al viajero con poca cortesía, y viendo que depositaba su equipaje sobre la mesa, le preguntó con aire arrogante :

— ¿ Qué quiere usted ?

— Hablar con la señora duquesa de Diernstein, — respondió Hiénard sonriendo.

— No podía usted haber venido en hora más intempestiva; hoy precisamente tiene que recibir á muchísimas visitas, para una función benéfica. Puede usted volver... ¿ Pero qué hay en esa maleta ? ¿ Qué

lleva usted ahí dentro? Si son muestras, le advierto á usted que el único encargado de comprar es Víctor, el mayordomo.

Hiénard, á quien divertía el mal recibimiento que le dispensaban, respondió dulcemente:

— No, no quiero entenderme con M. Víctor; pero si está Fermín aquí, hágame usted el favor de llamarle.

— ¿ El señor Fermín? ¡ Pero usted está loco!... ¡ Molestar al señor Fermín!

— Dígale usted que ha venido el señorito Juan... Eso basta.

El portero miró á Hiénard de arriba abajo, y añadió con más amabilidad.

— Señorito Juan... ¿ Usted es de casa? ¿ Por qué no lo dice usted? Ya sabe uno los miramientos que deben guardarse entre personas de la misma condición.

— Cogió un tubo acústico y silbó; después, preguntó:

— ¿ Está el señor Fermín en la antecámara? Sí. Bueno. Aquí hay, en la portería, un joven que desea hablar con él. ¿ Su nombre? El señorito Juan...

Hubo un momento de silencio, luego el semblante del portero reveló una gran sorpresa, y miró á Hiénard con tal inquietud, que éste no pudo menos de preguntarle:

— ¿ Qué le han dicho á usted?

— Nada, señor; me han llamado sencillamente, « imbécil ».

En el mismo instante un anciano, vestido con una librea negra, entró precipitadamente en la portería y al ver al visitante levantó los brazos al cielo exclamando:

— ¡ Estaba seguro de ello!

Después, volviéndose hacia el portero estupefacto:

— ¡ Desgraciado, y se atreve usted á estar cubierto! Una silla, vuestro sillón... Este señor es vuestro amo. ¿ entiende usted, idiota? vuestro amo...

Luego se inclinó y con los ojos arrasados en lágrimas:

— ¡ Ah, señor duque!... ¿ Cómo voy á disculparme?... Ya ve usted que nadie sabe servir; estas gentes han perdido la noción del respeto... No pueden reconocer, con una simple ojeada, á las personas á quienes deben obediencia. Como si, á simple vista, no hubiese adivinado á quien hablaba...

— No, mi buen Fermín; no había motivos para que lo adivinase... Me ha tomado por un comisionista de artículos de perfumería, y realmente, eso parece...

— ¡ Oh, señor duque!... Si el señor duque quiere tomarse la molestia de subir á sus habitaciones... Voy á prevenir á la señora duquesa. ¡ Cuánto se alegrará! ¡ Ah, el señor duque no nos molesta!... Hace

más de seis meses que no veíamos al señor duque...

— ¿Quiere usted harcerme un favor, Fermín? No me llama usted el señor duque; me molesta... Llámeme usted, señorito Juan, como en otro tiempo...

— Sí, señor duque... Sí, señorito Juan... ¡Ah! el señor es tan bondadoso que aun recuerda que yo le servía cuando era chiquito. ¡Ah, señor!... cuánto me alegro de verle á usted...

Volvióse hacia el portero y mostrándole la maleta que estaba sobre la mesa:

— Diga usted que la lleven á las habitaciones del señor duque...

Luego añadió, apartándose para dejar paso á su joven amo:

— Subiremos por la escalera interior, si el señorito Juan lo permite; y así nadie nos molestará...

— Sí, parece que mi madre celebra hoy una fiesta.

— De beneficencia, señorito Juan. Se trata de la obra de Santa María del Mar, de la cual es presidenta la señora duquesa... Todas esas señoras son de allí... y esos caballeros también... El Casino, señor; ¡díriase que está uno en el Casino!

— Hay que hacer eso para llamar al dinero, mi buen Fermín...

— ¡Ah! la llamada será buena! Cada entrada vale un luis. ¿Y quién deja de venir en un día como el de hoy á casa de la señora duquesa?... Sería preciso

no tener los veinte francos en el bolsillo. Ahí están también los príncipes, señorito Juan...

— ¿Qué príncipes? ¿Los príncipes de Orléans?

— ¡Oh, no!... Esos no tienen nada de interesantes... Los príncipes rusos, los grandes-duques... Acaban de llegar... pero, dispense usted, no hago más que hablar, en vez de guiarle...

Subió por la escalera precediendo á Hiénard, abriendo las puertas y dejándole pasar respetuosamente delante de él, y caminando á su lado con el aire solícito de un servidor atento. Así llegaron al primer piso, á una galería de techo abovedado, desde la cual se divisaba el jardín del hotel y algo de la azotea y del mar. Hasta allí llegaban oleadas confusas de armonías musicales que salían por las ventanas abiertas, y el murmullo de una multitud alegre que iba y venía alrededor de los cuadrados cubiertos de hierba espesa y menuda, bajo los setos de carpinos, subiendo y bajando por las escaleras de mármol, charlando, murmurando, riendo, coqueteando, en medio de una confusión de colores, un lujo de vestidos y una animación brillante y ligera que era la nota característica y sobresaliente de aquella reunión mundana.

Un cosaco vestido de encarnado y oro, aparecía de pie en un extremo de la azotea, llamando la atención de un grupo de muchachas ante las cuales el criado permanecía impasible; y, sobre un vaso de

mármol, encima de la gorra de astrakán del Kalmouck, dos tórtolas sonrosadas se arrullaban amorosamente entre las flores. Aquel espectáculo divirtió las miradas de Juan. Era una *Kermesse* moderna, que merecía atraer la atención de cualquier pintor con la maravillosa suntuosidad de su decorado y su natural magnificencia. El hotel, el jardín, y la azotea servían de marco á aquella multitud vocinglera que se movía en plena luz, bajo la claridad del cielo, frente al azul espléndido del mar.

— Es bonito, — dijo el escultor — pero de lejos solamente.

— ¿Entonces el señorito Juan no piensa bajar?

— No, Fermín, no pienso bajar. Dentro de dos horas toda esa gente se habrá ido, y entonces apareceré.

— ¿Quiere usted que avise á la señora duquesa?

— Te guardarás muy bien.

— En ese caso, ayudaré al señorito Juan á abrir su maleta.

— Gracias, no necesito á nadie; la arreglé yo solo y puedo abrirla solo.

Fermín se inclinó respetuosamente y ya se disponía á salir, cuando se oyeron unos pasos precipitados y la puerta se abrió, entrando la duquesa. Acudía un poco sofocada por la rápida ascensión de la escalera, con la sonrisa en los labios, la mirada alegre, y conservando aún, á pesar de su gordura incipiente, aquel

aire de juventud que la hacía codiciable, á despecho de sus cincuenta años.

Su primer movimiento fué el de arrojarse en los brazos de su hijo, pero en seguida se reprimió, no queriendo descomponer su peinado ni los afeites de su rostro. Limitóse á extender sus hermosas manos, y exclamó riendo con una risa que descubrió sus blancos dientes:

— ¡ Eres tú, querido hijo mío! ¿ Y no me has dicho nada y te presentas como de incógnito?... ¡ Oh, Juan, eso no está bien, me has dado un disgusto!...

— Pero, madre, este ha sido un viaje improvisado. Ayer yo no sabía que vendría aquí... No quería molestarla á usted y, sin embargo, la he molestado... En este momento tiene usted trescientas personas en su casa... Váyase usted con ellas, se lo ruego...

— Contigo.

— Pero si estoy en traje de viaje.

— Vístete.

Él frunció el entrecejo contrariado por aquella insistencia:

— ¿ Ve usted?... mejor hubiera sido que me hubiese ido á la fonda.

La duquesa se mordió los labios y se irguió, hasta el punto de parecer alta, siendo como era de mediana estatura.

— Hijo mío, esta casa es tuya y puedes hacer en

ella lo que quieras, fingir que no conoces á mis invitados ó ayudarme á recibirlos. Pero debías procurar complacerme, siquiera por esta vez.

Hiénard dulzuré el gesto de su semblante y repuso sonriendo :

— Madre mía, después de todo, tiene usted razón. Y además, debo complaceros, porque pienso pedirle un favor.

— ¿ Un favor?... ¡ Tú!... ¿ Estás loco?... ¿ Qué favor?...

— Un favor de dinero.

Entonces la duquesa, radiante de alegría, cogió la cabeza de su hijo entre sus manos cuajadas de sortijas, y le besó con efusión en ambas mejillas.

— ¡ Qué alegría me das! — exclamó; — al fin puedo serte útil en algo. Y te has acordado de tu vieja madre... ¡ Qué bueno eres!...

— ¡ Vieja, — repitió él moviendo la cabeza, — vieja! Yo no sé cómo usted se las compone, madre mía, pero cada vez la encuentro más rejuvenecida; conozco mujeres de treinta años muy bonitas que no podrían compararse con usted.

La duquesa enrojació de alegría :

— ¿ Es cierto?... ¡ Oh, y sin embargo sufro mucho, puedes creerlo! Padezco jaquecas terribles; esta mañana estuve tentada de despedir á todo el mundo. Pero ya no tengo coqueterías, no me importa presentarme tal como soy, y un hijo grandullón de treinta

años no me molesta... ¿ Vamos, cuánto dinero necesitas?...

— Ya le hablaré á usted de eso.

— ¿ Has hecho grandes gastos?

— Yo, no. Es para un amigo.

— ¿ Quieres ayudarle en algo?

— Sí, á ser dichoso.

Y mientras hablaba, sacó de su maleta una levita y cambió de corbata, después de lavarse ligeramente la cara y las manos.

— Ea, vamos, puesto que se empeña usted en ello, — dijo quitándose la americana — estoy á sus órdenes.

— ¡ Diantre, no te perderás entre esa gente del gran mundo! Ya encontrarás algunos amigos. Ahí está Devienne.

— ¡ Ah, ese mentecato siempre anda de tertulia en sarao. ¿ Será ahí en donde aprende á pintar escenas militares?...

— Fué muy bien recibido en la corte de Rusia y como sabía que los Grandes-Duques estarían hoy en mi casa... El nudo de tu corbata no está bien hecho...

Ella misma arregló cuidadosamente la cinta de satin negro, y quitando de su vestido un magnífico alfiler con cabeza de perla que servía para sujetar el ramillete que llevaba en el pecho, concluyó de hacer el nudo y dijo :

— Ahora está bien; vamos.

Y se agarró á su brazo con esa alegría expansiva de la mujer que se lleva al hombre amado. Así bajaron la escalera principal y llegaron al lugar de la *Kermesse*, en el cual una orquesta de cíngaros colocados en un circuito rodeada de flores, tocaba á la sordina vales voluptuosos. Un vaivén continuo de paseantes desfilaba por el largo vestíbulo yendo del salón al jardín y formando una doble corriente alegre y conversadora. Muchas jóvenes emboscadas detrás de las columnas de mármol, asaltaban á los transeuntes ofreciéndoles billetes para la rifa; y en las encrucijadas de la azotea había tiendecillas en donde multitud de vendedoras lujosamente ataviadas enseñaban sus mercancías, atormentando á los clientes benévolo hasta llenarles las manos de inútiles y costosas baratijas.

La entrada de la madre y del hijo llamó la atención. Muchos de aquellos individuos que acudían afanosos á los salones de la duquesa, mundanos volantes, figurantes efímeros de la vida alegre, ignoraban la existencia del intratable y solitario Hiénard; las gentes consagradas al placer no habían tenido ocasión de conocer al hombre trabajador, y excepto para aquellas personas que vivían en la intimidad de la duquesa, el semblante del escultor era desconocido. Sin embargo, después de algunos momentos la duquesa se detuvo delante de un puesto de flores en donde se vendían botonaduras á

un luis la pieza, y una mujer joven y muy bonita que estaba en la caja, gritó alegremente :

— ¡Hola, Juan!... ¿Qué milagro es ese?

— Á fé mía, baronesa — dijo la duquesa, — puesto que le dejo en terreno conocido se lo confío á usted; no le deje usted escapar. Yo, me voy con mis invitados...

Alejóse por entre la multitud y, de paso, al ser preguntada por los curiosos, respondía con una sonrisita de orgullo :

— Es mi hijo... el duque de Diernstein... Sí, es mi hijo...

Y confesaba su maternidad sin que su ingénita coquetería se alarmase, ufanándose de tener por hijo á aquel hermoso muchacho, en lo cual arriesgaba no poco, porque el alejamiento de Juan la había permitido rebajarse fácilmente diez años de su verdadera edad. Iba abriéndose paso por entre la multitud erguida, alegre y graciosa, y repitiendo á sus amigos.

— Mi hijo está ahí, acaba de llegar...

Colocado en un ángulo de la tienda de flores, Juan se entretenía hablando con la hermosa vendedora, y preguntándole :

— ¿Con quién vende usted, baronesa?

— Con la mujer y la hija del señor Mac-Clure, ministro de los Estados-Unidos, y la señorita Maréchal, la heredera del riquísimo Maréchal, de Châlons...

— ¿El senador?

— Sí, mi buen amigo. Un demócrata. Eso le debe agradar á usted, que es tan amante del pueblo...

— Pero la jovencita esta no debe abrigar ideas muy igualitarias, porque luce un fortunón alrededor de las muñecas, en rubíes y zafiros... ¡Qué brazaletes!... Si parece un ídolo indio...

— Para la posición que ocupa tiene aficiones muy sencillas...

— ¿Qué sería entonces si fuese de otro modo?

No pudo decir más : la joven de quien hablaba venía hacia él llevando una rosa y con la marcada intención de prendérsela en el ojal. No era bonita pero su fisonomía revelaba una gran inteligencia. Su talle delgado y esbelto la hacía más alta de lo que era realmente, y vestía un rico traje color verde-mar cuya gorguera blanca y afelpada rodeaba graciosamente su cuello flexible.

Acercóse á Juan y dijo sonriendo y mostrando su blanca dentadura :

— ¿Caballero, acepta usted esta flor? Es para los pobres huérfanos del mar.

El escultor se inclinó, colocó la rosa en el ojal de su levita, y repuso sacando de una carterita un billete de cien francos :

— Aquí tiene usted, señorita.

— Baronesa, ¿quiere usted darle cuatro luises al señor? — dijo graciosamente la joven.

— No se moleste usted, baronesa, — repuso Hiénard con sencillez; — las flores siempre son demasiado caras cuando se compran para los ricos, pero nunca lo son cuando se venden para los pobres.

Un ligero rubor coloreó las mejillas de la señorita Maréchal y sus ojos brillaron. Inclinó la cabeza y dijo :

— Baronesa, ¿me haría usted la merced de presentarme al señor?

La baronesa hizo un pequeño gesto; miró fijamente á Hiénard y á la hija del senador, y exclamó alegremente :

— Mi querida Luciana, pretende usted de mí una cosa bastante difícil. El caballero que usted ve tiene dos nombres, correspondientes á dos personalidades distintas. Si usted le pregunta, por ejemplo al señor Devienne, el célebre pintor militar, ¿quién es este joven?... Le responderá á usted : — Es el escultor Juan Hiénard. Y si después le pregunta usted á nuestra querida presidenta; ¿quién era ese gallardo mozo que iba del brazo con usted hace un momento?... exclamará : Es mi hijo, el duque de Diernstein. Escultor por un lado, duque por otro; Hiénard por aquí, Diernstein por allá. Así es este personaje; entiéndalo usted, si puede.

— Pues no me parece difícil, — repuso la señorita Maréchal; — tendré muchísimo gusto en encontrarme siempre con el duque, pero me congratulo infinito de haber conocido al escultor.

Aquel ligero cumplimiento, dada la exquisita galantería con que fué dicho, tuvo un gran valor. En pocas palabras la joven había conseguido darle á Juan una prueba de su inteligencia y de su buen gusto. Era imposible expresar de modo más terminante y categórico, cuán poca importancia concedía al abolengo aristocrático y cuánta admiración tributaba el ingenio y al talento. Ella, de buena gana, le hubiese dicho á Juan: Vuestro título es como mi fortuna, de la cual no me ocupo, á no ser que contribuyese á interesar más directamente ese espíritu altanero y rebelde. Hiénard la miró con interés, casi con curiosidad. Ella añadió alegremente:

— Yo, caballero, me presentaré á mí misma, para evitarle á la señora Sauvelys esta incomodidad. Mi padre se llama Maréchal, es senador muy influyente, y si usted desea algún trabajo por cuenta del gobierno, él puede conseguirselo. Pero usted no tiene trazas de trabajar en los monumentos oficiales. No vea usted en mí más que una amiga muy respetuosa de vuestra señora madre...

Hizo una ligera inclinación de cabeza y volvió á su puesto.

— Y bien, ¿qué le parece á usted el ídolo indio?

— Me parece una muy buena muchacha. ¿Qué edad tiene?

— Entre veinticinco y veintiséis.

— ¿Por qué no se ha casado?

— Un desengaño amoroso.

— ¡Hola! cuénteme usted...

— Más tarde, ahora no hay tiempo.

— Pero es que yo me voy mañana.

— ¡Déjeme usted en paz! Acaba usted de llegar y ya quiere usted irse. Aquí se divierte uno...

— ¿Quién?

— Todo el mundo.

— Yo no soy todo el mundo.

— ¡Oh, Dios mío! no lo diga usted tantas veces; acabarán por no creerle. Su misantropía es un tanto fastidiosa; ¡y hasta me parece fingida!

— ¿Come usted esta noche con mi madre?

— Comeré si usted quiere.

— Enhorabuena: entonces charlaremos.

Juan dejó de hablar, sorprendido por la repentina aparición de un joven rubio extraordinariamente guapo y muy bien vestido, que avanzaba sonriente hacia el puesto de flores.

— ¡Ah! aquí tenemos al señor Prédalgonde, — dijo la baronesa, lanzando una mirada escrutadora sobre Hiénard, como procurando adivinar la impresión que aquel nombre le causaba. — Juan ni siquiera pestañeó: en aquel momento se preguntaba: ¿Dónde he visto yo esta cara? El nombre nada me dice, y sin embargo, conozco al que lo lleva. Volvióse hacia la señora Sauvelys, preguntando:

— ¿Quién es el señor Prédalgonde?

— ¡Ah, el marqués es la crema ó cogollo de nuestros elegantes! De lo mejorcito que hay, desde hace un año, en el mundo alegre y coquetón. Nosotros constituimos una sociedad irresistible y encantadora, que ignora lo que son derrotas y que no tiene rivales: un mundo hermoso, rico, espiritual y tornadizo. ¡Ah, podemos ir lejos, porque no hay peligro de que el corazón nos ahogue!

— ¿Qué es eso, baronesa?... Habla usted con rencor...

— ¿Yo? exclamó Mme. de Sauvelys. — ¡Usted bromea!

Hiénard la miró fijamente y la encontró un poco pálida. El marqués se había acercado á la señorita Maréchal y hablaba con ella familiarmente.

— ¿Está cortejando, tal vez, á vuestra rica amiguita? — preguntó el escultor.

— ¡Oh, no se fie usted de las apariencias! Es muy galante con todas las mujeres, pero no tiene predilección ninguna por Luciana. Ella es muy orgullosa para consentir en casarse con un Prédalgonde; y por otra parte, comprende que no es lo bastante bonita para que él pretenda seducirla. Además, él apunta más alto.

— ¿Otra historia?

— Sí, otra historia, pero no se la referiré á usted. Esa la averiguará usted solito, afinando el entendimiento. Usted no es tonto y tiene buenos ojos. Busque.

— ¡Cáscaras! si yo estuviese casado me haría usted sospechar que ese gallardo mozo era el amante de mi mujer ó que estaba en vísperas de serlo... Pero, como soy solterón, vivo tranquilo. ¿Cree usted que su rica amiguita me enseñaría la clave del enigma?

— Á fé mía que no me atrevo á jurarlo, porque esto no se acostumbra en las relaciones sociales, de las cuales ella demuestra preocuparse muy poco. Pero le aconsejo á usted que le evite la molestia de una confesión.

— ¿Y si fuese á preguntárselo al mismo Prédalgonde?

Al escuchar estas palabras, la baronesa no pudo reprimir su inquietud y replicó con voz alterada:

— ¡Qué loco está usted! No cometa usted esa imprudencia. Le ofendería usted gravemente, y no hay hombre más peligroso que el marqués... Por supuesto, que yo tengo la culpa de todo por meterme á hablar de secretillos que no me interesan. Lo que acabo de decir carece de sentido común; olvídelo usted. He querido llenarle de curiosidad, ni más ni menos, eso es todo...

— ¡Pues bien, baronesa, lo ha conseguido usted!

La duquesa volvía acompañada, esta vez, de un hombre de cierta edad, de rostro apergaminado, ojos mortecinos, cejas negras, cabellos grises y ásperos, y bigote perfectamente engomado; con todo

el aire marcial de un militar retirado. La duquesa se acercó á Juan y le dijo:

— Deseo, hijo mío, que vengas conmigo á ver á los grandes-duques. Devienne, en cuanto supo tu llegada, les habló de ti, y quieren conocerte antes de irse.

— ¡Vaya al diablo Devienne! — murmuró Hiénard de mal talante; — la alianza rusa no le basta para sí solo, quiere arrastrar con él á los demás... Vamos allá, madre mía, puesto que es preciso: el deseo de un príncipe es una orden.

— Algunas veces una orden de diamantes, — apuntó el señor viejo sonriendo ligeramente.

Hiénard miró al autor de aquella modesta bufonada, y vió que le saludaba con exquisita amabilidad.

— El señor conde de San-Vicente, — dijo la duquesa, — uno de nuestros socios más caritativos...

— Estoy encantado de conocer á un hombre de su talento, — exclamó el viejo señor, en cuyo semblante vió Hiénard estereotipada la estupidez mundana; y antes de que Juan pudiese responder, hizo señas á Prédalgonde de que se acercase.

— Permítame usted, quiero que mi sobrino participe de mi buena suerte: el marqués de Prédalgonde... Roger, el señor duque de Diernstein...

Es imposible describir la afabilidad y cortesanía con que el hermoso Prédalgonde se apresuró á es-

trechar la mano de Juan Hiénard. Sin embargo, en el movimiento del cuerpo, en la expresión de su fisonomía, pudo advertirse una especie de frialdad ó de tirantez agresiva y hostil. La misma piel de su mano la encontró Hiénard seca y repulsiva, y una corriente antipática surgió inmediatamente entre ambos jóvenes, á despecho de la amabilidad aparente del uno y de la cortés indiferencia del otro. Prédalgonde pensó: Este hombre será enemigo mío. Hiénard dijo: Este fantasmón me desagrade soberanamente. Pero ambos se saludaron, luego dieron un paso hacia atrás y esto fué todo.

Hiénard no pudo sorprender la mirada de satisfacción que iluminó el rostro de la duquesa en el brevísimo instante en que su mano y la de Prédalgonde se juntaron; en aquel momento estaba preocupado analizando la sonrisita fingida y la aparente cordialidad del individuo que acababan de presentarle; ni vió tampoco la mirada siniestra que lanzó sobre él, el conde de San-Vicente, cuya fisonomía no era entonces la del hombre embrutecido por las comidas y la charla insubstancial. Hiénard se volvió hacia la duquesa:

— Madre mía, estoy á sus órdenes. Guíeme usted.

Y sin dignarse responder con una frase de mentirosa cortesía á los ofrecimientos del tío y del sobrino, se alejó por entre la multitud. El conde de

San-Vicente le vió marchar con la duquesa y luego, retirándose con su sobrino á un lado, murmuró:

— El escultor es poco expansivo.

— Tal vez esté prevenido en contra mía, — dijo Prédalgonde.

— ¿ Por quién?

— Cuando yo entré en el salón estaba hablando con la baronesa de Sauvelys.

— Esa viudita joven nos estorba y en un momento dado podría perjudicarnos mucho. Debemos procurar dominarla.

— Yo la domino. Me ama siempre.

— Sí, pero precisamente por eso puede sernos peligrosa. De todos modos, sé muy reservado con el maestro Hiénard y no descubras el juego.

— No tenga usted miedo. Lo que se arriesga aquí merece el trabajo de disputarse bien.

Su conversación quedó interrumpida por los primeros acordes del himno ruso ejecutado por la banda de cíngaros; era que los grandes-duques se iban. Sintióse un murmullo prolongado en la galería y un último movimiento de curiosidad impelió á los concurrentes hacia las escaleras y ventanas. Por el espacioso vestíbulo se vió pasar el gigantesco cosaco de gorro negro y casaca roja, precediendo á los príncipes que caminaban con paso firme. Después la orquesta enmudeció y los mirones curiosos se dispersaron por los jardines; la azotea y las tiendas

quedaron casi vacías. En menos de un cuarto de hora, cual si se hubiese tratado de una representación teatral, los salones de la duquesa quedaron desiertos y sólo se vieron por el suelo, pedazos arrugados de papel, cintas cortadas, etiquetas arrancadas, ramilletes de flores marchitas, la basura, en fin, resto de aquella fiesta tan animada y tan brillante.

Eran las siete. Después de despedir á las señoras que oficiaron de vendedoras, la duquesa fué á reunirse con su hijo, que se paseaba en la galería filosofando acerca de los singulares contrastes ofrecidos por aquel mundo agitado, artificial y mal intencionado, ocupado en celebrar funciones benéficas. Para que el bien, por consiguiente, pudiese salir del mal, y la coquetería, las intrigas y las vanidades sirviesen para remediar la miseria y la desesperación, era preciso que en este mundo no haya nada absolutamente malo; y los que, como él, conocían las miserias íntimas de la sociedad y la acusaban sin piedad, ¿ no pecaban de severos al negar sus buenas acciones?

— Hemos obtenido una hermosa suma, — dijo la duquesa; — ¡cuarenta y dos mil francos!

— Ya hay para alimentar á los huérfanos durante un año entero. En mi vida he visto fruslerías, sonrisas y ramilletes más útiles.

— ¿ Verdad que sí? Pero mira, mi querido Juan; mientras los criados van arreglando esto, ¿ no deseas

venir conmigo á respirar un poco el aire puro?

— Si usted quiere, bueno.

— Pues, anda; el coche nos espera.

Bajaron y Juan subió con la duquesa en uno de aquellos magníficos vehículos cuya descripción le había hecho á Frégose con frases bastante amargas. Rodaban á lo largo de la playa, en dirección á Tourgeville. La tarde caía y el coche avanzaba rápidamente levantando una nube de polvo dorado. El sol poniente, envuelto en nubes de fuego, descendía tras las olas azuladas y tranquilas, y las velas de las barcas pescadoras que regresaban al puerto, se recortaban alegremente sobre la claridad opalina del horizonte. Los coches corrían veloces, las bicicletas rodaban con un alegre tintineo de campanillas, aquellos eran los saludos, los buenos días cambiados entre la duquesa, que iba muy contenta sentada junto á su hijo, y las bellas paseantes, las esbeltas ciclistas que huían rápidas como el relámpago, moviendo las ágiles piernas. Una frescura deliciosa mitigaba los ardores del día, y la brisa del mar venía cargada de olores acres y vivificantes.

— ¡Qué tiempo tan hermoso! — dijo la duquesa apoyando amorosamente su fina mano enguantada sobre el brazo de su hijo; — y has hecho muy bien en venir. Me dijiste que querías pedirme una cosa. Habla, tengo ansia de conocer tu deseo.

— Pues bien, madre mía, verá usted. Yo tengo un

amigo que necesita ciento cincuenta mil francos para casarse, y deseo que los reciba de mí : pero como no los tengo, he venido á pedirselos prestados... La duquesa se echó á reír.

— ¿Te dedicas á dotar á las jóvenes virtuosas? ¡Nunca tendrás formalidad! Y es que tu filantropía social te ha vuelto el juicio. ¡Oh, no te enfades!... No pretendo discutir las razones justificantes de tu conducta; eres dueño de obrar á tu antojo. El dinero que me pides y más, si quisieras, es tuyo y se halla á tu disposición. Siempre lo conservé en calidad de depósito... ¿Necesitas ciento cincuenta mil francos? Pues esta misma noche los tendrás.

— Gracias mil, madre mía. ¡Qué contento se va á poner el buen Frégose!

— ¡Ah! tu amigo se llama Frégose... ¿Y qué hace?

— Es un escultor de mucho mérito. Si necesita usted una piedra de mesa, una orfebrería artística ó un buen pilón de fuente, puede usted encargárselo; le hará una obra maestra.

— ¿Quieres que le consiga el trabajo de la copa para las regatas del año próximo?

— Sí, excelente idea. Es pobre, madre mía, no tiene familia y no conoce á nadie : interésese usted por él, lo merece, usted se alegrará...

La duquesa miró á su hijo y repuso moviendo la cabeza :

— ¡Cómo te preocupas por ese muchacho! ¡Con qué apasionamiento quieres lo que quieres!...

Hubo un momento de silencio :

— ¿Y tú, no piensas aceptar trabajos? Oppenheimer me decía días pasados que no habías querido hacerle dos estatuas para un salón. Te las hubiera pagado á como hubieses querido. ¿Ya que te dedicas á la escultura, por qué no explotas tus notables facultades?

Juan arrugó el entrecejo, pero no se enfadó, y respondió con dulzura :

— Hay cosas que repugnan, y usted va á darme la razón. Imagínese usted una mujer bonita, cuyos favores solicitase Oppenheimer pagándoselos á elevadísimo precio. ¿No cree usted que, á pesar de ello, podría serla antipático? Pues á mí, los trabajos me causan un efecto semejante. La mujer bonita sólo se entregará al hombre querido de su corazón, y yo sólo trabajaré en lo que me guste. ¡Todo es cuestión de imaginación!

— Ya sabes que Devienne le dice á todo el que quiere oírle, que tú eres uno de los mejores artistas contemporáneos.

— Devienne es un papagayo, — replicó Hiénard secamente; — los mejores artistas son los que venden mucho y á alto precio. Yo no vendo.

La duquesa calló un instante, y luego añadió maliciosamente mirando á su hijo de soslayo :

— ¿Y si yo te pidiera que hicieses mi busto?

Hiénard se puso serio, sus miradas se dilataron por el vacío unos momentos, y repuso gravemente :

— Lo haría, madre mía, pero con la condición de que no saliese de mi casa.

— ¡Cómo! ¿No querías dármelo?

El rostro del escultor se arreboló.

— No, madre mía. Yo lo colocaré en mi cuarto, en frente del retrato de mi padre, junto al del mariscal; y en el recogimiento de mi vida solitaria y laboriosa, sería á modo de rayo de dulzura y de cariño que me recordase mi niñez, figurando entre los recuerdos que conservo de las personas que he querido y que venero. Aquel es el verdadero sitio del busto y no en vuestro salón, expuesto á las miradas hostiles ó indiferentes.

— ¡Eres singular; no piensas como todo el mundo!

— ¡Y me congratulo de ello!

— Pues ten por averiguado que es peligroso separarse de los demás. Todo el que vive solo es desgraciado. La fuerza, la seguridad y el bienestar están en la unión. Siempre llega un momento en que se necesita recurrir al vecino, y hay que tratarle bien para esperar que á su vez nos corresponda. Créeme, no es conveniente encerrarse en una torre con sus pensamientos disolventes de revolución; la soledad es mala consejera, porque conduce al pesimismo y el pesimismo es estéril.

— Yo no soy pesimista, madre mía, — dijo Hiénard con dulzura; — yo creo en el bien, creo en la amistad, creo en la gratitud... Pero no busco el bien en donde sé que no puedo encontrarlo; no les pido amor á los indiferentes; no me creo tener derechos sobre el corazón de las personas á quienes he convidado á comer. Detesto la frivolidad y el « qué me importa á mí » del mundo, y desconfío de sus perfidias y de sus mentiras : la estupidez me repugna porque comprendo que al rozarme con ella me expongo siempre á perder y nunca á ganar. He aquí por qué me encierro en una torre, como usted dice; sólo que mi torre tiene puertas y ventanas por las cuales se puede entrar y salir. Prueba de ello es que en este momento estoy en Deauville, paseándome con usted en coche, á orillas del mar y contemplando la puesta de sol más hermosa que pudo nadie soñar. Contemple usted y admire, madre mía, ese sol moribundo; eso no es artificial; eso no engaña nunca.

— Sí, eso es muy hermoso, — repuso la duquesa por decir algo; — pero también hace daño á la vista.

Y ya no hablaron más hasta llegar al hotel. Desde lo alto de la azotea, la señora Sauvelys les vió bajar; junto á ella estaban el conde de San-Vicente y el hermoso Prédalgonde. Al ver á sus amigos la duquesa pareció despertar; saludóles agitando su sombrilla y su fisonomía readquirió su animación habitual. Subió la escalera con ligereza increíble, mostrando sus pies

primorosamente calzados con ricos zapatitos, y á arranque de una pantorrilla de exquisito modelado. Hiénard subía lentamente, pensando : ¡ Es increíble; diríase que tiene veinticinco años. ¿ Cómo voy á recriminarla de que abrigue las ideas propias de esa edad? Recibe en su casa á un puñado de individuos que no debían venir... pero, ¿ cómo impedirlo si su casa siempre está abierta? Lo mismo les sucede á todos los que son muy ricos. En todas partes hay parásitos; eso es irremediable, y hay, por tanto, que resignarse y fijarse únicamente en aquellos que lo merezcan.

Llegaron al salón y allí encontraron al senador Maréchal y á su hija hablando con Devienne. El senador exclamó con ruda franqueza dirigiéndose á la duquesa :

— Parece que nuestros asuntos han tenido hoy un buen resultado... Yo no pude venir, ya sabe usted que tenía una reunión de azucareros del Norte, que me aburrieron con sus disertaciones acerca de la remolacha... Pero por eso usted no pierde nada... ahí va mi ofrenda.

Y depositó sobre la mesa un billete de mil francos.

— Vuestra hija ya había trabajado mucho por la buena obra, dijo la duquesa.

— Mi hija y yo somos dos personas. Ella tiene su bolsa, yo tengo la mía...

— Ella también tiene una cabeza que no se parece

á la de usted, — dijo la baronesa de Sauvelys.

El semblante del senador se oscureció y no contestó nada.

Hiénard se aproximó á la baronesa, y la condujo á un extremo del salón.

— El padre y la hija parece que no se llevan bien, — dijo; — lo deduzco de las palabras de usted y de la cara del señor Maréchal.

— Que no se llevan bien, que no están acordes, es poco, es débil: diga usted que no se entienden en nada absolutamente, y estará usted en lo cierto.

— Dígame usted en qué difieren.

— Ya lo verá usted.

— Prefiero que me ahorre usted ese trabajo.

— ¡Pues bien!... La señorita Maréchal es religiosa, su padre libre-pensador. Ella es artista, él es comerciante. Á ella le gusta el campo, él nunca quiere salir de la ciudad. Á ella le place andar á pie, él jamás se apea del coche. Ella frecuenta la sociedad por divertirse, él porque así conviene á sus intereses... y, por tanto, los ideales que persiguen son bien diversos. Y en todo ocurre lo mismo, aunque esto sólo puede apreciarse viviendo en intimidad con los dos, porque Luciana disimula hábilmente esta falta de armonía.

— Llevarán una existencia insoportable.

— No lo crea usted. Se ven á las horas de comer, lo puramente necesario. La señorita Maréchal heredó

la fortuna de su madre y es muy rica; tiene su servidumbre particular y hace lo que quiere.

— Que es todo, menos casarse.

— ¡Ah! esa es la crisis que ha separado para siempre á esos dos corazones.

— Cuente usted.

— ¿Tenemos tiempo?

— Sí, mi madre no ha bajado aún.

— ¡Sea pues! La señorita Maréchal se encontró con un poeta muy joven y muy pobre, pero de grandísimo talento, llamado Miguel Valuze...

— ¿El autor de *Arpegios* y de *Regina*?

— Precisamente. Ella se enamoró de él, y él de ella. La muchacha se decidió valientemente á hablar con su padre, le refirió la historia y le pidió permiso para casarse con el joven poeta. El viejo Maréchal se encolerizó, Miguel Valuze fué despedido, y Luciana juró que no se casaría con ningún otro hombre. Desgraciadamente, al año siguiente y después del estreno de *Regina*, que tuvo un éxito extraordinario, el pobre poeta atrapó una pulmonía mientras rondaba á su amiga, cayó en cama y murió. El viejo Maréchal, al saber el fin del desgraciado muchacho, le dijo á su hija á guisa de oración fúnebre: « ¡Ya ves que tenía razón cuando me opuse al matrimonio; aquel chico tenía muy mala salud!... » Eso es lo que Luciana no podrá olvidar nunca.

— Pero, diga usted, ese Maréchal es terrible.

— Lo mismo que todos.

— ¿Y la señorita Luciana es una especie de viuda de Mausoleo?

— ¡Oh, no crea usted que hace alarde de su sentimiento! Pero todos los enamorados que su padre le presenta, ó los que se presentan á sí mismos, resultan infaliblemente chasqueados.

— ¡Pues, hombre, me alegro! Ahí tiene usted una mujer con la cual se puede hablar sin llevar segunda intención.

— Le agradará á usted; es buena y encantadora.

Hiénard vaciló unos momentos y después añadió mirando á la baronesa:

— ¿Y por qué no hablamos ahora del señor Prédalgonde.

— Ya sabe usted todo lo que yo puedo decir de él.

— ¿Será necesario que se lo pregunte á vuestra amigueta?

— Hágalo usted, si eso le divierte.

— La desagradaré.

— Seguramente no.

— Entonces me arriesgo.

— Mire usted, aquí viene; interróguela usted.

La señorita Maréchal se había acercado y comprendiendo que estaban hablando de ella, esperaba sonriente.

— Luciana, — dijo la señora Sauvelys, — aquí

tiene usted á Hiénard que quiere saber quién es el señor de Prédalgonde.

La hija del senador hizo un movimiento de sorpresa.

— Pero, caballero, ¿qué dice usted? ¿Habla usted seriamente? Entonces, ¿con quién vive usted y de dónde viene?... ¿Qué malos periódicos lee usted?... Usted, por lo visto, no está al corriente de los acontecimientos?

— De ninguno, usted lo ha dicho.

— ¡Pues bien, querido señor!... sepa usted que después que la estrella del príncipe empezó á palidecer en nuestro cielo mundano, es el marqués quien ha merecido el esplendor de sus rayos, y brilla, *net pluribus impar*.

— No se burle usted de mí.

— ¿Cómo iba á atreverme á tanto?

— ¿Entonces ese hermoso rubio es un personaje importante y de campanillas?

— Es el hombre mejor trajeado, el más elegante, el más pretendido, el más... En fin, — añadió la joven riendo irónicamente; — es, en una palabra, ¡el Rey de París!

— ¿Y me atreveré á preguntar, señorita, quién le ha bautizado así?

La señorita Maréchal hizo un gesto vago que abarcó todo el horizonte, é indicando con su dedo índice á los cuatro puntos cardinales, exclamó en el mismo tonillo zumbón:

— La estupidez humana.

Las puertas del salón se abrieron y apareció el mayordomo que dijo con acento grave :

— La señora duquesa está servida.

Y, como una confirmación oficial de lo que acababan de decirle de aquel rey mundano, vió Juan Hiénard que su madre se cogía, sonriente y graciosa, del brazo del brillante y atildado marqués.

V

Al día siguiente por la mañana y con un tiempo delicioso, Juan Hiénard salió por la playa con su bastón debajo del brazo y se dirigió hacia Trouville; después tomó un botecito, y llegó al establecimiento balneario á las diez en punto. El baño estaba en el apogeo de su animación, y una multitud de curiosos se paseaban por la playa formando una masa multicolora y abigarrada; una confusión de peinadores blancos agitándose junto á las casetas colocadas en las arenas lamidas por las ondas tranquilas y juguetonas, un alegre torbellino de sombrillas brillando bajo los rayos de un sol espléndido, y un continuo ir y venir de muchachos que correteaban por entre las sillas. El viento hacía crujir los gallardetes tricolores que engalanaban los elevados mástiles plantados delante del casino, y toda aquella agitación contrastaba vigorosamente con la serena inmensidad del cielo y del mar.

Por los colgadizos del establecimiento se paseaban taconeando graciosamente muchas mujeres bonitas, vestidas con los elegantes trajes blancos de la maña-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA U...
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA U...
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO